



Fernandinos y liberales:

El golpe de estado de Aranjuez

Ricardo Lorenzo Sanz y
Héctor Anabitarte Rivas

EL 13 de marzo de 1808, mientras Joaquín Murat, general en jefe de las tropas francesas y lugarteniente de Napoleón Bonaparte, llega a Burgos, Manuel Godoy se traslada desde Madrid a Aranjuez, con el propósito de proponer a Carlos IV, la urgente necesidad de que la familia real viaje a lugar seguro, lejos de los ejércitos franceses, ya que éstos se desplazan por territorio español sin informar sobre sus planes y movimientos al gobierno español. Luego de conferenciar con Godoy, el rey comunica a los ministros su deseo de trasladarse a Sevilla. El ministro Caballero se opone al viaje argumentando que el mismo molestará a Napoleón y que el pánico cundirá en Madrid.

LA mayoría de los efectivos militares de la guarnición de Madrid comienzan a trasladarse a Aranjuez, para proteger y custodiar a la Familia Real en su viaje. Este desplazamiento de tropas, ordenado por Godoy, mediante un decreto que lleva su firma en su calidad de generalísimo-almirante, inquieta a los madrileños. El capitán general de Castilla la Nueva, Francisco Javier Negrete —por indicación de Godoy— le pide al gobernador

del Consejo, coronel Carlos Velasco, que publique un bando para calmar los ánimos. Velasco por su parte se dirige al Consejo para que éste exponga a Carlos IV las fatales consecuencias del proyecto. En la Corte son muchos los que temen que el poder real se traslade a Sevilla y de allí a América, como lo hiciera la familia real portuguesa. Este cambio preocupa a muchos miembros de la Corte, pues se ven desplazados de la posición privilegiada que detentan.

Asimismo, los fernandinos ven en esta decisión de Godoy el fortalecimiento de Carlos IV.

El clima en la capital se pone aún más tenso cuando Josefa Tudó, condesa de Castillo Fiel, de quien se sabe públicamente que es la amante de Godoy, hace preparativos propios para un largo viaje.

Godoy afirma en sus Memorias que la partida de los reyes y de la familia real en general podía salvar la monarquía borbónica. Los partes que recibía avisando la rápida marcha que traían los dos ejércitos franceses que operan en el país, refuerza su decisión. Decidida la partida para el 17, «si el 16 no era posible», Carlos IV firma un escrito, el cual sería dado a conocer a la nación el mismo día de su partida, el cual no llega a difundirse. Godoy lo reproduce en sus Memorias y no caben dudas que es el Príncipe de la Paz quien lo redacta. En dicho documento el rey expresa que casi desde los primeros días de su reinado, la paz de Europa estuvo perturbada por la revolución francesa, y que su más firme propósito fue el de «li-

GAZETA DE VALENCIA

DEL MARTES 7. DE JUNIO DE 1808

ANUNCIO.

Como el Público está hondamente convencido de las calumnias y artificios empleados por Murat y sus Agentes para deslumbrarlo y esclavizarlo, apenas nos detendremos en desvanecer todo el fúrrago insípido de imposturas esparcidas en los Periódicos de Madrid, porque creeríamos desperdiciar el tiempo, y humillarnos en el combate con unos escritores vendidos al despotismo, y que tan justamente se han grangeado la exêcracion, y el desprecio del Público.

Bayona 22. de Mayo.

No podemos prescindirnos de dar una breve noticia de lo ocurrido con nuestro augusto Soberano Fernando VII. desde su llegada á esta Ciudad.

Llegó á las 2. de la tarde del 20. de Abril: habian salido á recibirle, para deslumbrarlo mejor, el Príncipe de Neufchatel, y el Mayordomo mayor Duroc, con varios Generales y Edecanes, que lo acompañaron hasta su alojamiento. Napoleon insiguiendo en su artificioso sistema, y con el ánimo de sorprenderlo mejor, le hizo varios obsequios, y demostraciones de amistad y de franqueza, dándole una gran guardia, acompañándole en la mesa y en los festines, y manifestándole mucha adhesion hácia su persona. Pero ¿quál debió ser la sorpresa de nuestro amado Soberano, quando en la primera Sesion le propuso la abdicacion de la Corona de España, su promocion al trono de Etruria, y el enlace con su sobrina? Nuestro jóven

La «GACETA DE VALENCIA» informa que, en Bayona, Fernando VII ha sido detenido por Napoleón: toda ilusión se derrumba...

bertar mis pueblos del incendio que fue empujado a todas partes; y con la ayuda divina, ora en guerra ora en paz, he conseguido traspasar y hacerlos traspasar incólumes, por el largo espacio de diez y nueve años, todos los grandes riesgos de que muy pocas naciones y gobiernos han podido liberarse, salva siempre la integridad

e independencia de la monarquía en sus dominios de ambos mundos». Carlos IV se refiere a su deseo de vivir en paz con Francia, «acostumbrados a vivir con ella en paz hace ya un siglo» y hace alusión a la catástrofe de Trafalgar, pero sin hacer responsable a Napoleón de la misma. La guerra con Portugal es calificada de

«irremediable», y manifiesta su fidelidad a los pactos franco-españoles, «sin que me quede duda alguna de que el emperador de los franceses, tan grande amigo mío, querrá observarlos igualmente por la suya». Dice no extrañarse de la presencia militar gala en Territorio español, justificada por pactos y por la posibilidad de un ataque inglés, pero es firme el documento en la pretensión de Napoleón de ceder territorio español, justificada a cambio de zonas de provincias españolas fronterizas con Francia, corriendo los límites entre ambos Estados a la línea del Ebro. Finalmente Carlos IV expresa que censura la presencia francesa en el «centro de mis reinos» y que en tales circunstancias se ve obligado a retirarse, «donde en perfecta libertad, sin semejanza alguna de obsesión o violencia, pueda seguir mis relaciones y entenderme francamente con mi íntimo aliado».

Pero la presión de los fernandinos y el malestar de la población, llevan a Carlos IV a postergar el viaje. Ni siquiera parece conmoverlo una nota del embajador francés, Beauharnais, en la que se dice que las tropas imperiales del ejército de observación de las costas atraviesan en dirección a Andalucía por las inmediaciones de Madrid, y que se avisa al gobierno español para que prepare los acopios necesarios y subsistencias de las tropas, cuyo número podría ascender a cincuenta mil efectivos. Pero el rey llama a su primer ministro y le ordena que redacte una proclama negando la inminencia del viaje y que se evite toda observación que pueda molestar a Napoleón. Con fecha 16 de marzo, ésta es divulgada: «Amados vasallos míos: Vuestra noble agitación en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de

los sentimientos de vuestro corazón; y Yo, que cual padre tierno os amo, me apresuro a consolaros en la cual angustia que os oprime. Respirad tranquilos: sabed que el ejército de mi caro aliado, el Emperador de los franceses, atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse a los puntos que amenaza el riesgo de algún desembarco del enemigo, y que la reunión de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viaje que la malicie os ha hecho suponer que preciso. Rodeado de la acendrada libertad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo Yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exige, ¿podría durar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecerían? No: esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles, tranquilizad vuestro espíritu; conducíos como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro rey, y veréis en breves días restablecida la paz de vuestros corazones, y a Mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi familia y vuestro amor». El decreto real apacigua los ánimos y una muchedumbre se reúne en el Palacio de Aranjuez, dando repetidos vivas al rey y a la familia real, que se asoman a los balcones para agradecer la demostración. Pero esa misma noche las tropas de Madrid salen de la ciudad en dirección a Aranjuez, lo que disipa el entusiasmo suscitado por la proclama, que leída con detenimiento, evidencia la gravedad del momento: se pide dar la bienvenida a los franceses pero en un párrafo antes se subraya que el rey no duda de las fuerzas de los pechos generosos de sus vasallos en caso de necesidad. Trasciende el temor del rey ante la presencia militar

gala. El inusitado «Amados vasallos míos», así da comienzos la proclama, recuerda a las comedias de Calderón de la Barca, asombrando a la población el tono que usa el rey para dirigirse a sus súbditos.

Esta postergación favorece los planes de Napoleón, que con cautela y sembrando la confusión, trata de apoderarse de España. En estas circunstancias Fernando, el Príncipe de Asturias, desea ser protegido por el emperador, y casándose con una parienta suya, aspira a reemplazar a su padre en el trono. Es Godoy, el mayor responsable de la alianza con Francia, concertada mediante el tratado de San Ildefonso de 1796, una de cuyas consecuencias es la pérdida de la flota en Trafalgar, la invasión de Portugal y la presencia militar francesa en el país, quien propone enfrentar a Napo-

león. Político hábil entiende cuáles son los propósitos del emperador y sabe que su papel en el gobierno español, y su poder, le molestan. El embajador Beauharnais creía que Napoleón intentaba derribar a Godoy y quizás, obtener la abdicación de los reyes, y colocando en el trono a Fernando, casado con una sobrina de la emperatriz, se fundirían ambas dinastías.

El plan de Godoy es trasladar el trono español al Nuevo Mundo, y desde allí, lejos del poder francés, ya que los mares están bajo el control de los británicos, organizar la lucha contra los invasores. Además, Carlos IV estaría en mejores condiciones para formalizar alianzas con Inglaterra y por otra parte, se espera que la presencia real en América calme las intenciones independentistas de los criollos.



Godoy, la mano derecha de Carlos IV, será salvado del linchamiento popular que acaso merecía por los franceses, que se apoderarán de él.

Murat, cuñado de Napoleón, también aspira al trono de España. Sus tropas marchan hacia Somosierra y Madrid, y Pedro Antonio Dupont de L'étang, jefe del otro ejército francés, se encamina en direc-

ción a Segovia y El Escorial. Esta amenaza es percibida por Godoy y alienta a los partidarios de Fernando que están dispuestos a dar un golpe de Estado, el cual será disfrazado como un motín popular.

El 30 de octubre de 1807, en El Escorial, Godoy logró abortar una sedición de los **fernandinos**. El sacerdote Juan Escóizquiz fue su jefe, y uno de los argumentos de los conspiradores era el hecho de que el Príncipe de la Paz había marginado de los asuntos de Estado al príncipe heredero, quien no participaba de las reuniones del Consejo como era tradicional que lo hicieran los príncipes de Asturias, para familiarizarse con los asuntos del gobierno. Molestaba el poder de Godoy, que gozaba de toda la confianza de la reina, cuyas relaciones íntimas se remontaban a cuando Godoy prestaba servicio como guardia de corps, cuando tenía 25 años de edad. María Luisa se jactaba que ninguno de sus hijos tenían por padre al rey. En algunas oportunidades, cuando se presentaban los reyes y Godoy, María Luisa decía, «he aquí a la santísima trinidad». Godoy ingresó a la guardia de corps en 1784, como soldado, y poco después era nombrado consejero de los reyes. Ocho años más tarde preside el Consejo. Esta meteórica carrera, respaldada constantemente por la reina, y premiada con tanta generosidad, es un factor que aglutina a los **fernandinos**. Pero si bien Godoy es un hombre ambicioso, no es menos inteligente, y puede ser comparado con un Florida-Blanca, si tenemos en cuenta que el reinado de Carlos IV es mediocre en comparación con el de Carlos III, su padre. Según afirmación de Godoy, los **fernandinos** consultan al embajador francés, y éste aconseja la realización del motín, pero con la condición de que no corra sangre. El emperador, dice el embajador, está dispuesto a proteger a Fernando sin enfrentar frontalmente a su padre. Los partidarios de Fernando afirman

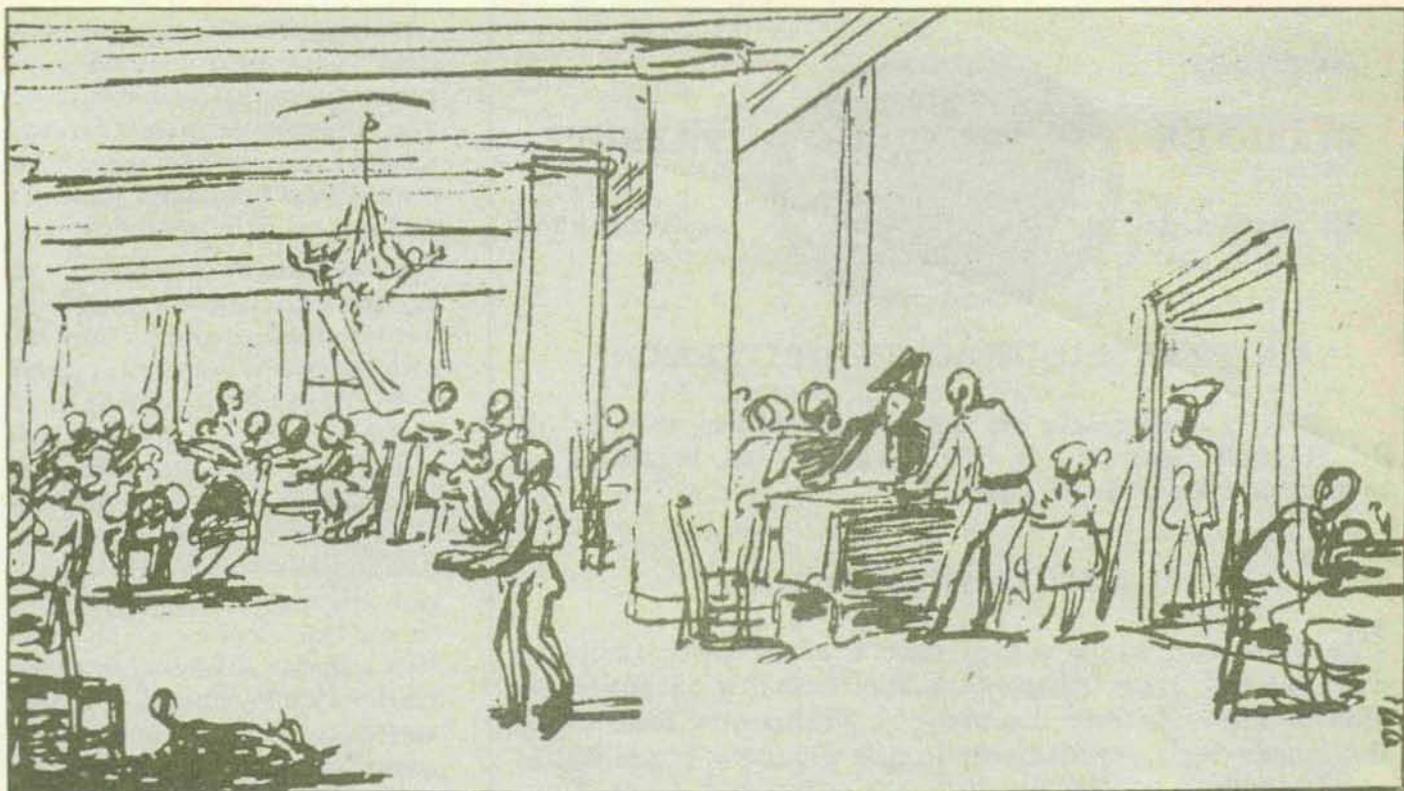
NUM.º 5.º

LUCINDO

A LOS VALENCIANOS.

Mas se ha hablado de Patria en estos seis años que en seis siglos: todos invocan la patria: todos la tienen pendiente de sus labios, y por lo que he visto, oído y leído, esta voz no tiene otra significación que la que cada uno quiere darle. Infeliz patria, dice un malvado, un ladrón, un cobarde, cuando los prenden, los ahorcan ó los degradan: viva la patria, dice otro, el día que le dan un gran destino: ¡ó patria ingrata! exclama otro, el día que sube á un cadahalso, que así me pagas mis servicios; cuando sus servicios han sido puñaladas dadas á la misma patria. Hoy hemos salvado la patria, decían los malvados y facciosos de Cádiz el 8 de Marzo de 1813, cuando quitaron la Regencia que tanto les incomodaba; y trataron de substituir otra que estuviese en el sistema, como ellos dicen; ya que no pudieron conseguir el que la Regencia se compusiese de Diputados de las mismas Cortes; gracias á Argüelles que se opuso á la reunion del poder ejecutivo y legislativo; no por virtud, sino por ambicion, y porque nombrados Regentes los mansos y dulces García, Herreros, Calatrava y Terran, que eran los candidatos; no podia tener Argüelles entrada en ella, segun voz pública en Cádiz, en aquellos dias de escándalo y de luto. Hoy, decían el mismo 8 de Marzo los buenos, se ha perdido la España, sin que nos quede mas recurso que el de Dios. Y contrayéndonos á nuestros dias, y al asunto de esta carta; el martes 26 de Abril por la noche quedaba la patria en

Los liberales, en 1813, cuando ya han derrotado a los invasores franceses, comienzan a sufrir la ofensiva reaccionaria de los fernandinos.



Café madrileño (¿acaso -La Fontana de Oro-?), lugar habitual de reunión de los liberales. Apunte de Antonio Casanova.

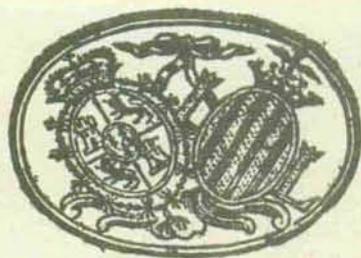


que el príncipe es prisionero de Godoy, y que si intenta llevarlo contra su voluntad en el conflictivo viaje, lo liberarán por la fuerza.

A todo esto la vida de la familia real transcurre como si nada grave sucediera. El rey sale, como era su costumbre,

por la mañana y por la tarde. La reina, Fernando y los infantes pasean como lo hacen habitualmente. En el palacio construido por Felipe II, donde confluyen los ríos Tajo y Jarama, pasea la familia real. Recorren el Jardín de la Isla, descansan en las proxi-

midades de las fuentes Hércules y Anteo, o junto a la llamada Apolo y Delfines. Un lugar preferido es el Salón de los Reyes Católicos, con su frondosa vegetación. En unas horas más estallaría el golpe de Estado, separando para siempre a los reyes de su hijo



LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.

Está la Indulgencia de las Quarenta Horas en la Iglesia del Hospital General: se descubre á las 7 de la mañana, y se reserva á las 7 de la tarde.

SEÑOR DIARISTA.

He visto con suma complacencia el discurso intitulado: *Qué es lo que mas importa á la España?* y la contestacion al autor de este discurso; y puesto que todo español puede decir francamente lo que juzgue sobre el asunto que ambos contienen, voy yo tambien á explicarme con franqueza, protestando primero que no me mueve á esto otra cosa, que el deseo de la prosperidad de la Patria.

Tengo por muy acertado el parecer de los citados autores y aun necesario el que con la mayor brevedad se reuna la Nacion en un cuerpo compuesto de los representantes de las Provincias y de los mas expertos Militares, y esto no solo por las razones que en sus escritos indican, si que tambien por los malos de que V. nos avisa en su Periódico del Domingo 17 del pasado, y otros muchos que podemos temer de la falacia y atucia de nuestros enemigos.

Pero en quanto al sugeto que ha de presidir esta Junta Suprema del Reyno, no puedo menos de decir, que no me parece conveniente que el nombramiento recaiga en el Serenísimo Principe de Sicilia, ni tampoco en el del Brasil, ni en otro alguno de fuera del Reyno. Reconozco

Agosto de 1808: La crisis política y militar es total. Se piensa en reemplazar al rey cautivo, quien, por otra parte, habría aceptado gustosamente colaborar con Napoleón.

Fernando. El país perderá su independencia, y unos años más tarde, las colonias americanas, con el desmembramiento del imperio. Una engañosa calma precede a la tormenta.

Las intenciones de Napoleón son ignoradas hasta por el mismo Murat, su general en jefe de todas las fuerzas imperiales destinadas en España. De allí que le escriba al emperador manifestándole que

tantos años de servicios a su lado y los estrechos vínculos que los unen, le hacían merecedor de su confianza. Agrega que si su propósito es derribar a Godoy y hacer que reinara Fernando, no habría cosa más fácil, y si se propone cambiar de dinastía y dar a España un rey de su familia, tampoco encontraría en ello gran dificultad. El emperador le responde de manera brusca y cortante: «Cuando yo os mando que

obréis militarmente, que tengáis vuestras divisiones reunidas y a punto de combatir... ¿no son, por ventura, instrucciones? Lo demás no os incumbe, y si no os digo nada, es porque no debéis saberlo».

Podemos decir que Napoleón no informa sobre sus intenciones, pues aún no ha tomado una decisión. Por el momento se contenta con jaquear a la Corte española, con un silencio, al cual hay que sumar el amenazante movimiento de sus ejércitos. Si la Corte abandonaba la capital, podría dar por vacante el trono, pero el factor que es el eje de su política son las diferencias entre Carlos IV y Fernando, y la presencia de Godoy, que irrita en demasía a los **fernandinos**.

Murat entretiene a Pedro Velarde, quien ha sido comisionado ante las tropas francesas. Le informa en Buitrago, cerca de Madrid, que las tropas imperiales, posiblemente, pasarían por la capital, y que al continuar su marcha a Cádiz, se daría a conocer en San Agustín las intenciones de Napoleón, que serían por el bien de España. Esto último es dicho como algo probable.

Velarde informa a la Corte en Aranjuez del asunto, y manifiesta su desconfianza en relación a los franceses, esta actitud suya la ratificará participando en el levantamiento del 2 de mayo, con Daoíz y Ruiz. Velarde morirá en el trascurso de la lucha.

A pesar de la promesa de Carlos IV, los preparativos del viaje prosiguen. Godoy envía al general Solano con la orden de apresurar la marcha de las tropas que han salido de Madrid en dirección a Aranjuez. Aún cree posible inducir al rey a retirarse a Sevilla. Los **fernandinos** temen que los reyes, imprevistamente, se decidan a viajar, y envían a su hermano, el infante Antonio, para

que trate de enterarse. La respuesta de Carlos IV es tan ambigua, que apresura los planes de los sediciosos.

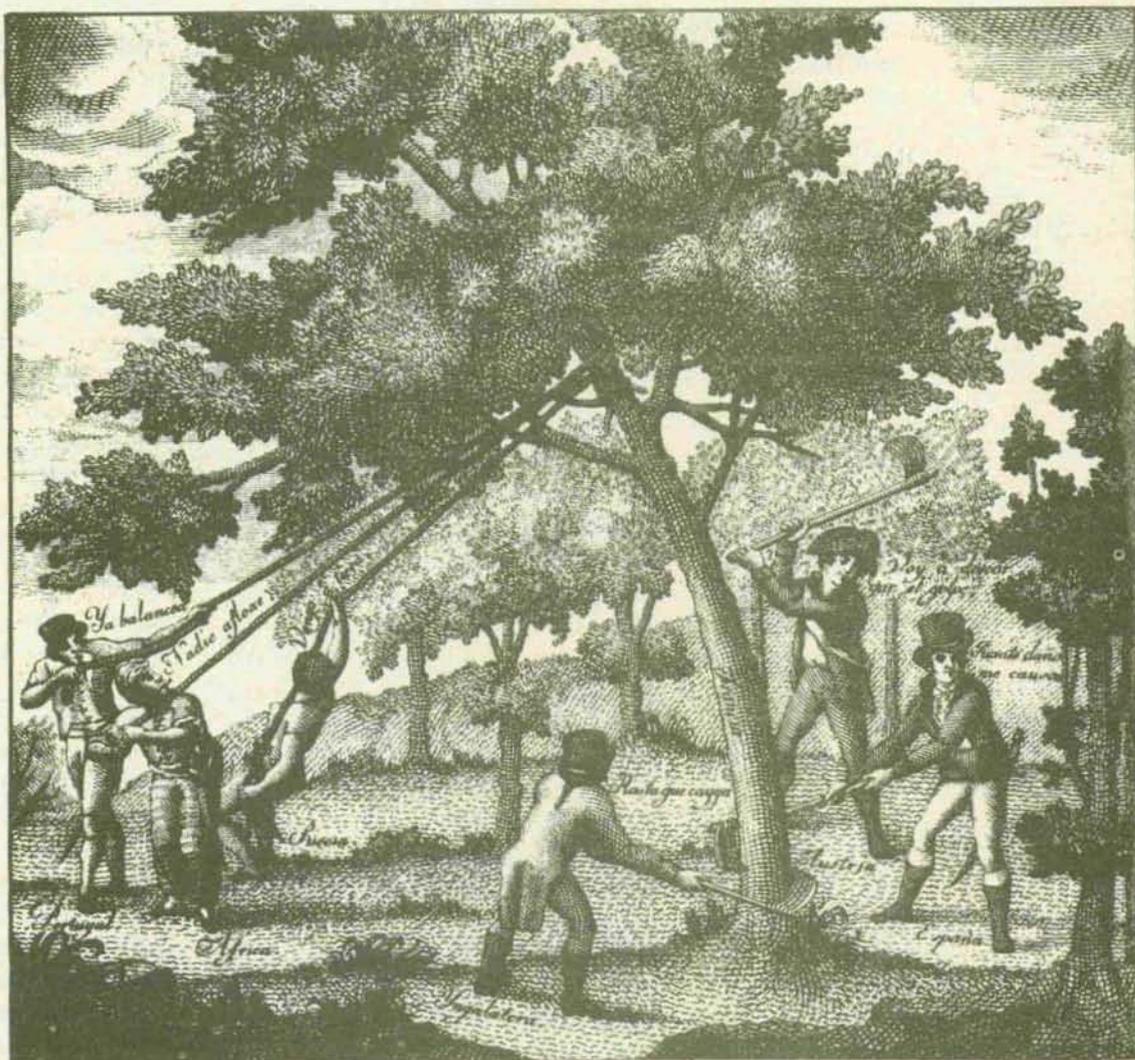
Los servidores de Fernando y del Infante Antonio propalan el rumor de que los reyes abandonarían Aranjuez en la noche del 17. Desde hace varios días han llegado al Real Sitio gientes de Madrid y de poblaciones cercanas. Pérez Galdós dice que «por las calles del Real Sitio y por la plaza de San Antonio discurrían más o menos tumultuosamente varios grupos, cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador. Asomábase a las ventanas el

vecindario todo para observar a los transeúntes, y era opinión general que nunca se había visto en Aranjuez tanta gente». La gente se congregaba especialmente en la plaza de San Antonio y un lugar preferido por los conspiradores es la taberna del tío Malayerba, en donde se realizan mítines en contra de Godoy y a favor de Fernando.

El historiador Toreno escribe que el Príncipe de Asturias habría dicho a Manuel Francisco Jáuregui, oficial de guardias y amigo suyo, que el viaje se realizaba esa noche y que él no quería partir. Esto

da pie para que estos grupos, dirigidos por el conde de Montijo, llamado vulgarmente el tío Pedro, recorran las principales calles del Sitio Real, para evitar la salida de la familia real. Este personaje es descrito por el historiador Modesto Lafuente como «un personaje inquieto y bullicioso, dado a figurar y hacer papel en tumultos y asonadas». El conde de Montijo odia a Godoy, porque éste desterró a su madre. El tío Pedro morirá «en estado de idiotez» en 1834.

En los Episodios Nacionales, Galdós escribe que los criados



*Las ramas bonapartinas
Tanto incremento tomaban,
Por que el xugo les chipaban
A las Provincias vecinas.*

*Arbol tan perjudicial
No conviene, no, que e.vista:
Cayga, aun que mas lo veista.
Y acabara nuestro mal.*

Toda manifestación liberal progresista, es tachada de afrancesamiento, y por ende, de traición a España.

del infante Antonio y del Príncipe de Asturias reclutan gente en Madrid para la conspiración. Especialmente en el barrio de Maravillas, y en los pueblos de Ocaña, Titulcia, Villatobas, Corral de Almaguer, Villamejor y Romeral. Se ven «muchos hombres envueltos en mantas, con sombrero manchego y abarcas de cuero; otros tantos cuyas cabezas negras y redondas adornaba un pingajo enrollado, última gradación del turbante oriental; otros muchos calzados con la silenciosa alpargata, ese pie de gato, que tan bien cuadra al ladrón; muchos, con chalecos abotonados de moneditas, se ceñían la faja morada, que parece el último girón de la bandera de las Comunidades; y entre esta mezcolanza de paños pardos, sombreros negros y mantas amarillas, se destacaban multitud de capas encarnadas...». Galdós le hace decir a uno de sus personajes que «todos cobran ocho, diez o doce reales diarios, con viaje pagado y vino a discreción».

Godoy es advertido sobre la llegada de gente forastera al Sitio Real. La mayoría, dicen, son manchegos. Algunos han sido vistos hablando con los palafreneros del infante Antonio, otros pasan por su palacete haciendo gestos hostiles. Los ánimos son exaltados por un pasquín contra Godoy que las autoridades arrancan con premura. Su texto es el siguiente: «Viva el Rey. Viva el Príncipe de Asturias. Muera el perro de Godoy».

Godoy se entrevista con Carlos IV y le informa sobre la presencia de personas extrañas en el lugar, pero el rey le asegura que el ministro Caballero se ha ocupado del asunto, expulsándolos del Sitio y deteniendo a algunos. Godoy le recuerda que su antecesor, Floridablanca, en circunstancias menos graves, fue herido

en un atentado planeado por sus enemigos políticos.

Carlos IV le ha indicado a Godoy que escriba a Murat, tratando con habilidad de obligarle a explayarse sobre qué órdenes ha recibido. La carta es llevada por Pedro Velarde, secretario del Estado Mayor, quien por toda respuesta recibirá una vaga nota verbal. Godoy dice en sus Memorias que «la nave del Estado se encontró aquel día y en el siguiente (17 y 18) como un bajel parado en el difícil paso de la línea, el cielo encapotado y amenazando la tormenta, en medio de la calma, por instantes». Se refiere al rey como sufriendo una perfecta catalepsia.

El palacete del Príncipe de la Paz es uno de los lugares más vigilados por los sediciosos, que cuentan con la colaboración de las tropas de Aranjuez, que simpatizan con Fernando. A medianoche se dice que sale de ella Josefa Tudó, la amante de Godoy, escoltada por guardias del generalísimo. Una versión asegura que el vehículo es detenido por un grupo de personas, para saber quién va en él. Se produce una situación de violencia y es disparado un tiro. Ha sido el oficial Tuyols, que acompaña a la Tudó, para pedir ayuda, o un tal Merlo, para dar la alarma en favor de los **fernandinos**, lo cierto es que este incidente es la chispa que da comienzo al motín. También se ha escrito sobre la aparición de una luz en una de las ventanas de las habitaciones de Fernando, como la señal para proceder a asaltar la casa de Godoy.

Bajo una noche estrellada, una trompeta toca a caballo y las tropas ocupan los puntos por donde la comitiva real debería pasar, y un numeroso grupo de personas, irrumpen en el palacete. Imitando al rey, el Príncipe de la Paz no reforzó su guardia, constandingo

ésta de sólo ocho soldados y un cabo, servida por los cuerpos de la **guardia de la casa real**, infantería española y walona. Por lo tanto es reducida en pocos momentos.

La muchedumbre recorre la casa en busca de Godoy, quien pudo esconderse. Los muebles y demás objetos de la casa, tapices, biombos pintados, uniformes, espejos, relojes, estatuas, mapas, libros lujosamente encuadernados, son arrojados por las ventanas, y con ellos, y con los restos de la puerta, destrozada a hachazos, es organizada una gran fogata. Los vidrios han sido rotos a pedradas.

Insignias, medallas, collares por servicios prestados, con los que habían sido distinguido Godoy, no se pierden en el tumulto y serán entregados al rey. La Princesa de la Paz, esposa de Godoy, y la hija de ambos, son llevadas al palacio real en una berlina, tirada por la multitud. Cuando las llamas han consumido la tan preciada leña, llegan dos compañías de guardias española y walonas, que se encargan de alejar a los revoltosos y montan guardia en el lugar.

Godoy se ha despedido de los reyes a las diez y media de la noche, y se dirige a su casa sin escolta, en un coche. En sus Memorias relata que come con su hermano, coronel de guardias españolas y con el comandante de sus húsares. A medianoche, cuando se dispone a acostarse —sigue diciendo—, oye un disparo, dirigiéndose a las ventanas para saber de qué se trata, cuando ya la casa era asaltada por la multitud. El sirviente que se ocupaba en ayudarlo a acostar sería quien lo encierra en una habitación para protegerlo.

Con respecto a la participación popular en estos acontecimientos, citamos párrafos de una carta inserta en las

Memorias de Juan Llorente, sobre los acontecimientos de Aranjuez, en donde se refuta las excusas que Juan de Escoiquiz da a Bonarparte sobre la lealtad y nobles intenciones de aquel pueblo que provoca la abdicación de Carlos IV. El dicha carta se dice: ¿Y quién es este pueblo de quien Escoiquiz se constituye defensor? No los vecinos de Aranjuez, pues aquel lugar no los tiene, siendo habitado por sólo labradores, jardineros y empleados de la casa real. El pueblo amotinado se reducía a los criados del señor infante don Antonio y de algunos grandes de España que tenían ya preparados con engaño y dineros a varios hombres bajos de los pueblos cercanos». A la mañana siguiente, el 18 de marzo, Carlos IV resuelve relevar al Príncipe de la Paz de su mando militar: «Queriendo

mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar a D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode». Esa misma mañana, le escribe a Napoleón, cuando aún no conoce la suerte del hombre que ha sido su mano derecha durante dieciséis años, lo siguiente: «Señor mi hermano: Hacía bastante tiempo que el Príncipe de la Paz me había hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimisión de los encargos de generalísimo y almirante, y he accedido a sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado a mis deseos constantes e invariables de mantener la alianza y amistad íntima que me une a

V.M.I. y R., yo le conservaré mi gracia...».

Si Carlos IV pensó que destituyendo a Godoy y postergando indefinidamente el tan mentado viaje, podía contener a los revoltosos, se equivocó. Estas dos medidas lo pondrán a merced de los **fernandinos**. Esa noche, por orden real, los ministros del despacho deben pasarlo en el palacio. El 19 el Príncipe de Castel-Franco y los capitanes de guardias de corps, conde de Villariego y marqués de Albudeite, comunican a Carlos IV que dos oficiales de guardia les han avisado que para aquella noche se producirían nuevos disturbios. Interrogados sobre si podían confiar en las tropas bajo su mando, explicaron que dependía del Príncipe de Asturias.

El rey llama a su hijo a sus habitaciones, y logra que Fer-



Las Cortes de Cádiz, cuna del Constitucionalismo español.

nando se comprometa a impedir **nuevos desórdenes**. Promete que personas cuya presencia en Aranjuez es perturbadora, regresarán a Madrid. Criados suyos hablarán con la población, para que ésta se mantenga en calma. Toreno escribe que «estos ofrecimientos del Príncipe dieron cuerpo a la sospecha de

que en mucha parte obraban de concierto con él los sediciosos, no habiendo habido de casual sino el momento en que comenzó el bullicio, y tal vez el haber después ido más allá de lo que en un principio se habían propuesto».

A las diez de la mañana estalla otro disturbio. Sorpresivamente, Godoy es encontrado

en su casa, cuando se creía que se **hallaba lejos de Aranjuez**. Toreno dice cuando asaltan su palacete, se cubre con un capote de bayetón que tiene a mano, cogiendo mucho oro en sus bolsillos y tomando un panecillo de la mesa en que había cenado, trató de pasar por una puerta escondida a la casa contigua, que era la de la duquesa viuda de Osuna. No pudiendo fugarse por allí se escondió en unos desvanes. Allí permanece por espacio de treinta y seis horas, privado de agua y alimentos, sin conocer a ciencia cierta cuál es su situación.

Cuando decide salir, asediado por la sed, es reconocido por un centinela de guardias wálonas, que grita a las armas. Godoy lleva unas pistolas que no utiliza y es apresado. En pocos minutos muchas personas se reúnen frente a la casa para intentar apoderarse del detenido. Guardias de corps frustran esta intención y trasladan al preso hacia el cuartel. En el trayecto Godoy es agredido con piedras, palos y con otras armas improvisadas. Camina asido a los armazones de las sillas de dos caballos. Cuando la comitiva atraviesa la plaza de San Antonio, la muchedumbre arrecia en sus intentos. Casi desvanecido y con diversas heridas, una de ellas profunda sobre una ceja, llega el detenido al cuartel. Enterados los reyes de la aparición de Godoy y de que su vida corre peligro, le ordenan a Fernando que se dirija al cuartel de corps para protegerlo. El Príncipe de Asturias calma a la multitud reunida en las puertas del cuartel, con su sola presencia. Habla con Godoy, a quien le perdona la vida. El preso le pregunta si ya era rey, a lo que Fernando respondió: «Todavía no, pero luego lo seré».

Fernando promete a la multitud que Godoy será juzgado y



PERIÓDICO MOMENTÁNEO DE VALENCIA,
EL FERNANDINO.

=====
DIA 18 DE ABRIL DE 1814.

La entrada de nuestro adorado Monarca Fernando VII. en esta Capital en la tarde del día ante ayer forma una época memorable en los fastos de los afectos mas puros del corazón humano. A la impaciencia general de ver quanto antes al Angel de las Españas; al cuidado con que se contaban las horas, los quartos, los minutos y los instantes, una voz semejante al anuncio de la felicidad se hizo oír en todas partes. El Rey llega, ya asoma, ya lo vemos: Viva, viva Fernando VII. Los labradores corren á recibirlo sobre sus hombros, los niños escalan las rejas y balcones para verlo y victorearlo, los ancianos encorbados baxo el peso de sus años reciben un estímulo de fuerza y de vigor: las lágrimas de la ternura vienen á confundirse con las voces del contento, el cañon rompe los ayres, las campanas forman una dulce armonía con los desahogos del amor; la Ciudad toda convertida en una hermosa Arcadia, presentaba baxo un punto de vista las maravillas de la naturaleza y del ingenio de los tiempos antiguos y modernos. Fernando, mas interesante que el sol al descubrirse por oriente, a-

El absolutismo se afianza. El «Angel de las Españas», el tan deseado Rey, llega a Madrid. La represión se desata.

castigado conforme a las leyes. Esta promesa conforma a los allí reunidos, y se retiran. Fernando procede como si ya fuera el rey. Para ello ha tenido que derrocar al único rival que realmente se lo impedía.

El prestigio político de Godoy había sufrido graves reveses. La guerra contra el gobierno de la revolución francesa, que se prolongó durante dos años, es concluida en Basilea con el tratado de 1795, lo que le vale el título de Príncipe de la Paz, pero España recupera Figueras y otras plazas cediendo Santo Domingo. Esta guerra, como dice M. Tuñón de Lara, es «impopular y salpicada de fracasos». Aliado de Napoleón en 1796 por el tratado de San Ildefonso, España quedará supeditada a la agresiva política exterior de Francia, y en 1805 le significará la pérdida de su flota en la batalla de Trafalgar. La ocupación de Portugal, en provecho de Napoleón, la ex duquesa de Parma y del mismo Godoy, a quien le corresponde el Algarbe y Alentejo, le permite a Francia ocupar pacíficamente plazas fuertes y puntos estratégicos en territorio español. Todos estos acontecimientos, desgraciados para España, están unidos a la figura de Godoy. Con la ruptura de la paz de Amiens, firmada en 1802 entre España, Francia, Inglaterra y Holanda (España recobra Menorca y cede la Trinidad), Godoy se orienta en 1806 a pactar con Londres, consciente de la amenaza que significa Napoleón, y la historia se encarga de señalar que en este caso su política es la más acertada, pero su capital político ha sido dilapidado. Godoy ha descuidado la organización y pertrecho del ejército, a pesar de las medidas tomadas en su momento por Carlos III. La educación estaba en manos de Marqués

LAMENTOS PATRIÓTICOS

Á LA MUERTE DE LOS SOLDADOS

DEL BATALLON PRIMERO DE CATALUÑA

atrozmente inmolados en 26 de mayo de 1821 por la facción de Merino y sus secuaces.



¡Ay que bárbara facción
En los campos de Castilla
En la patria de Padilla
Hoy levanta su pendón!
¡Ay los viles insurgentes
Todos son gente sin tino;
Las locuras de Merino
Aplauden los imprudentes!
Mas no faltan Catalanes,
Que sabrán morir leales
Por la gran construcción.
Apenas en Salvatierra
La gubilla facciosa
Se levanta criminoza
Y entre sus muros se encierra;
Luego la vecina tierra
Se corona de valientes,
Y van los viles agentes
Del servilismo por tierra:
¡Pues no faltan Catalanes,
Que sabrán morir leales
Por la gran construcción.
Oh! que gozo Patria mia
Al ver que tanto nublado
Fue al momento disipado
Y huída la tiranía,
Y al ver que quedó apagada
De la discordia la tea.
¡Oh! eterna gloria sea

Por tal valor tributada,
A vosotros Catalanes,
Que sabéis morir leales
Por la gran construcción.
Mas el fiero despotismo
Un momento sosegar
No podrá nunca hasta estar
En el fondo del abismo;
Y cual tigre se enfurece
Y en sed de sangre se agita
Y á los facciosos irrita,
Porque su imperio fefeco,
Contra nuestros Catalanes,
Que saben morir leales
Por la gran construcción.
¡Un Ministro de la paz
Capitaneando bandidos,
Ponez al pueblo en partidos,
No es un horrendo disfraz?
Pues á tanto la locura
De un Merino ha llegado,
Que tiene con un puñado,
De viles la travesura,
De atacar á Catalanes,
Que saben morir leales
Por la gran construcción.
El pueblo de Tordueles
Verá unos cuantos soldados,
Que de valor solo armados

Imitando á sus abuelos,
En mi famosas hazañas,
Sabén batirse con muchos
Hasta apurar los cartuchos
Siendo honor de ambas Españas.
Así son los Catalanes,
Que saben morir leales
Por la gran construcción.
Se entregan sí, y á hermanos,
Que debieran abrazarles,
O á lo mas considerables
Por rendidos; mas sus manos
Sedientas de sangre están,
Y con atroz villanía
Cual la gente mas impia
Al punto la muerte dan,
A esos pobres Catalanes,
Que saben morir leales &c.
Victimas del Batallon
Primero de Cataluña,
Su trompa la fama empuña
Y celebra vuestra acción;
Mientras que siempre odiados
Serán vuestros enemigos,
De la Patria los amigos
Dirán todos infamados:
Estos bravos Catalanes,
Supieron morir leales
Por la gran construcción.

Barcelona: Imprenta de José Torner, calle de Capellans n.º. en año 1821. Vendese en la librería de José Luch, calle de la Librería y en la dicha imprenta. Es propiedad del Autor.

Las atrocidades que se cometieron en la pugna entre fernandinos y liberales, más significadas en el bando de la reacción, encuentran toda su expresividad dramática en este grabado de la época.

Caballero, encargado de un plan general de instrucción pública para las universidades considerado anacrónico. Se le acusa de malvender empleos, magistraturas y obispos. Pierre Vilar escribe que Carlos IV es un rey mediocre y que su favorito Godoy, «hermoso cadete de Extremadura», se reveló como nefasto

sobre todo en el dominio exterior. De él puede decirse que no simpatizaba con la Inquisición y que no se demostraba cruel con sus opositores, los cuales generalmente eran desterrados. Según Toreno no «fue cruel por naturaleza; sólo se mostró inhumano y duro con el ilustre Jovellanos».

LUCINDO

Á LA DIFUNTA MAGESTAD

(QUE EN PAZ DESCANSE)

LAS CÓRTESES EXTRAORDINARIAS

Y ORDINARIAS (*).

Perdido por mil, perdido por mil y quinientos, dicen en mi país. Yo eché el cascabel al gato: yo levanté el grito contra vosotras en vuestra misma cuna; yo os he arrancado con mano fuerte la máscara con que quisisteis disfrazaros; yo he enseñado á la nación el arte de conoceros, fijando la significación de esas palabras huecas é insignificantes de libertad, de regeneración, de felicidad, de filantropía, &c. &c. y haciendo ver que cuando más gritabais que era libre, tanto más pesadas eran las cadenas que inhumanos le echabais so-

(*). *No pretende Lucindo hablar de todo el Congreso: sus cargos solo se dirigen contra los Diputados que tienen la culpa de los males que sufrimos. Lucindo sabe que tanto en las Cortes extraordinarias como en las Ordinarias ha habido y hay hombres buenos, que hubieran hecho nuestra felicidad si hubieran tenido libertad para hablar: no es honor, es una justicia que Lucindo y todos los hombres buenos deben hacerles.*

Los liberales se dirigen «con mano fuerte» a los que han entregado el país al absolutismo.

De aspecto franco y comunicativo, con una figura de señor noble y generoso, de acuerdo al relato de Pérez Galdós, vulgarmente se decía que estaba casado con dos mujeres. Una de ellas, la legítima, era María Teresa de Borbón, prima carnal del rey, y la otra, Josefa Tudó, Condesa de Castillo-

Fiel. Y esto no es lo peor. Toreno, influenciado por la moral de la época, escribe: «La desenfrenada corrupción y una privanza fundada ¡oh baldón! en la profanación del tálamo real». Un famoso terceto lo alude:

«Dejad de los estudios la moles-
[tia:

para agradar a una bonita da-
[ma,
basta con ser una bonita bes-
[tia».

«Dejad de los estudios la molestia:
para agradar a una bonita dama,
basta con ser una bonita bestia».

En el último año de su poder, Godoy recibe la dignidad de gran almirante, y el tratamiento de alteza, prerrogativa nunca concedida en España a ningún particular. Su guardia está más regiamente vestida que la del propio rey. Su pinacoteca no tiene rival y la ha reunido de una manera más que dudosa. Es evidente que tantos honores y privilegios, más que los errores cometidos, son los factores que determinan su caída.

A las dos de la tarde, un coche con seis mulas es aprontado en la puerta del cuartel, y corre el rumor que el preso va a ser trasladado a Granada. Una multitud se congrega, estropeando el vehículo y cortando los tirantes de los animales.

A las siete de la tarde del 19 el rey convoca a los ministros del despacho, y renuncia en su presencia a la corona, colocándola en las sienes de Fernando. Está claro que Carlos IV ha perdido el poder.

En la Gaceta de Madrid del 25 de marzo de 1808, aparece el decreto de abdicación: «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso, para reparar mi salud, gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el Príncipe de Asturias. Por tanto es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que éste mi real decreto de libre y espon-

tánea abdicación tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comunicaréis al Consejo y demás a quien corresponda». En las calles de Madrid se canta:

*«Duque por usurpación
príncipe de iniquidad
general de la maldad
almirante de traición
lascivo cual garañón
de rameras rodeado
con dos mujeres casado
en la ambición sin igual
en la soberbia sin par
la ruina del Estado».*

Los madrileños —recuerda Mesonero Romanos, que tiene cinco años de edad— gritan por las calles ¡Viva el rey! ¡Viva el Príncipe de Asturias! ¡Muera el choricero! (así se lo suele llamar a Godoy). Los balcones se llenan de gente, que agitan pañuelos y con las palmas de las manos, con panderos, clarines y tambores de Navidad, se reproduce

«hasta el infinito aquel estallido de entusiasmo popular». En la plazuela del Almirante, en la calle del Barquillo, tiene su residencia madrileña el Príncipe de la Paz. La multitud se reúne en ella y se repite el incendio que devastó su palacete de Aranjuez. **La maja desnuda** de Goya, que estaba en su colección privada, se salva de estos acontecimientos.

Al día siguiente la gente procede a asaltar las residencias de los hermanos y madre de Godoy, del corregidor Marquina, de los ministros Soler, Sixto y otros. También la casa del escritor Leandro Fernández de Moratín es asaltada. Es amigo de Godoy y ha recibido favores de éste. El autor de «El sí de las niñas» huye de su casa de la calle Fuencarral. Una mujer tuerta, que vive frente a su casa, alienta a los presentes en su accionar.

Los que asaltan la vivienda de Francisco Amorós, que será partidario de José Bonaparte, encuentran cartas de Godoy dirigidas a Domingo Badía, conocido por su expedición a Marruecos con el nombre de Ali-Bey. Allí hallan también el plano de la posesión de Semelalia, regalada por Muley Solimán al supuesto árabe. Esto motivó la detención de Amorós, esparciéndose la extravagante versión de que se había descubierto una conspiración de Godoy para vender España al bey de Argel o al emperador de Marruecos.

Los **fernandinos** han triunfado. Fernando, rey, besa la mano de su padre y se retira a sus habitaciones, en donde es felicitado por los ministros, grandes y demás personalidades que allí se encuentran. Mientras tanto, Murat está a las puertas de Madrid. ■
R.L.S. y H.A.R.



La represión de los fernandinos es despiadada. Ser liberal equivale a perder la vida.